

fusilamientos en Michoacan, lo mismo que en recios combates por todos lados, bajo la terrible prohibición de que se hicieran prisioneros.

Así murieron Villalva, Gordiano Guzman, José María Ramos y otros cien y cien valientes.

La tiranía se irguió llena de orgullo, y no tuvo ya compasión para nadie, destrozando cuanto tuvo al alcance de su brazo.

Pero lejos de intimidarse los patriotas, siguieron armándose, y luchando por la libertad, hasta que desde las fronteras de Tamaulipas á las playas de Acapulco, y desde el Golfo hasta el Pacífico, se oía el grito casi unánime de ¡abajo el tirano!

Santa Anna y sus ministros tuvieron un momento de angustia, el terror se apoderó de ellos á su turno y recurrieron á una superchería: apelaron al voto del pueblo. "Habrá un día libre, dijeron, para que se pueda decir la verdad: el 1.º de Diciembre la prensa no tendrá trabas por ese solo día, y todos los ciudadanos podrán decir sin temor ninguno si es su voluntad que siga en el mando el general Santa Anna revestido de amplias facultades." El pueblo, no obstante saber á lo que se exponía, ocurrió á las urnas y en centenares de boletas se leyeron las mismas palabras que servían de bandera á la revolución: "¡Abajo el tirano!"

El tirano se apresuró á tomar la revancha de aquellos audaces,

CAPITULO XXXI.

AURORAS COLOR DE ROSA.

Frente á un solar por el rumbo de San Cosme se veía una casita blanca, rodeada de un pequeño jardín y defendido el frente por una verja de hierro. La casita era baja y en las ventanas se veían unas persianas verdes que se destacaban graciosamente en el fondo blanco. Acababa de cerrarse una de ellas por donde había asomado una preciosa cabeza, la que estaba unida á un busto arrogante y esbelto. La hermosa joven á quien pertenecían aquella cabecita inteligente y aquel cuerpo gentil, dijo con voz clara y sonora, dirigiéndose á otra persona que había en el interior de la alcoba.

—No es Alfonso, mamá. Fué otra persona la que llamó en la casa de al lado.

—Alfonso no debe tardar, hija mía, contestó la no-

ble señora, dejando á un lado los dijes de costura que tenia sobre las piernas y poniéndose á ver de hito en hito á la preciosa niña, que con su vestido ligero de muselina, se veia muy interesante.

—Me inquieta que tarde tanto, cuando siempre es exactísimo. Ya dieron las doce rato ha, y sabe que lo esperamos á comer.

—Ahí está ya: ha sonado la campanilla.

—¡Es él! ¡es él! exclamó la joven palmoteando.

—Sosíégate, Anita, ¿qué va á decir Alfonso si te ve hacer esas locuras?

—Demasiado sabe que lo quiero mucho.

Un apuesto joven apareció en la puerta, despues de haber dado en ella dos discretos golpecitos; y Anita, al verlo, se precipitó, que no se dirigió en aquella dirección, y tomándole las manos cariñosamente, lo encaminó á donde estaba la maná diciéndole en el tránsito:

—Con ánsia lo esperábamos, Alfonso, ¿que le había pasado?

—De :y: acá han pasado muchas cosas, dijo Alfonso despues de estrechar la mano de la señora Esperanza, maná de la niña, y en poco estuvo que no me fuera posible venir.

—¡Jesus de mi alma! exclamó Anita.

—Siéntese, Alfonso, y cuéntenos lo que sepa, pero ante todo, díganos si se han tenido noticias de Ricardo.

—El coronel está al lado de Comonfort en Jalisco.

contestó Alfonso, sentándose entre las dos damas, es todo lo que he podido averiguar.

—Bien: ahora ya puede continuar.

—Anoche se ha descubierto una conspiración y.... ¿para qué tengo que negarlo, ni menos ocultarlo á ustedes? Yo estaba metido en ella en cuerpo y alma.

—¡Dios santo! exclamó Anita.

—Déjalo continuar.

—Bastante he manifestado en público, ora en la tribuna, ora en la prensa, cuales son mis opiniones políticas, para que no tuviera los mas vivos deseos de entrar en acción contra el tirano; así es que me convertí en el agente mas activo de los jefes de la conspiración; pero el jefe de policía Lagarde, que es muy listo, logró coger algunos de los hilos y debió habernos sorprendido anoche mismo. Una feliz casualidad hizo que se difiriera la hora de la reunion, y solo fueron sorprendidos cinco de los nuestros que han callado obstinadamente los nombres de los demás.

—Y esos cinco desgraciados....?

—Debían de haber sido fusilados ahora mi mo segun la orden del Dictador, aunque ya es posible que se salven porque se suspendió la ejecución á virtud de haberse recibido noticias detalladas de la toma de Zapotlan, por Comonfort, quien expuso allí su propia vida para salvar la de los prisioneros....

—¡Cómo!

—Los vencedores invocaron la ley de las represalias, y formaron á mas de cincuenta jefes y oficiales prisioneros para fusilarlos; pero Comonfort puso su

cuerpo entre ellos y los pelotones que debían hacer fuego, diciendo que solo lograrían matarlos sobre su cadáver.

—¡Ese hombre es un héroe!

—Es un héroe, sí, y me complace mucho que el coronel se encuentre á su lado.

Doña Esperanza exhaló un profundo suspiro. Alfonso continuó:

—Tratábase entre las personas comprometidas, de reparar hoy el fracaso sufrido anoche; pero han continuado las prisiones y cada uno de los que quedamos libres hemos sido perseguidos por la policía. Yo estaba encargado de observar, hasta cerciorarme bien, si era cierto que la familia de Santa Anna hacía aprestos de viaje, y he tenido que apostarme en la calle de Vergara, hasta que con mis propios ojos he visto á las personas que la componen, salir en un coche cerrado y á poco despues los mozos y la demas gente que han de escoltarlas. Cuando fui á dar cuenta de mi comision, lleno de alegría, porque esa salida de la familia de Santa Anna demuestra claramente que el tirano tambien se dispone á huir, estuve á punto de caer en las manos de los agentes de Lagarde, de los cuales me he escapado á fuerza de astucia.

—Ya nos contará usted de sobre mesa lo que pasó. Ahora vámonos á comer.

Y seguidas las damas por Alfonso, se dirigieron los tres al coqueto comedorcito que estaba situado en el otro extremo del corredor.

Por las miradas que se cambiaban Alfonso y Anita

por las palabras tan cariñosas que esta le iba dirigiendo hablando hasta con exageracion de lo que el jóven acababa de referir, era fácil comprender que ambos se amaban con un amor dulce, á la vez que apasionado.

Despues que concluyeron de comer, continuaron conversando familiarmente los tres, y cuando Alfonso se preparaba para marcharse, exclamó la jóven con verdadero interés:

—Mamá, pero es imposible que dejemos ir á Alfonso cuando sabemos que la policía lo persigue y que puede ser aprehendido tal vez al salir de la casa.

—Tengo idea de que me han perdido la pista, contestó Alfonso, de otra manera me hubieran cogido antes de llegar aquí. Además, como me precipité en un coche, al salir del café en que estaba oculto, estoy casi seguro de que nadie me vió, y que puedo ahora regresar sin peligro.

Con grandes trabajos logró Anita que el jóven se quedara con ellas hasta el oscurecer, recomendándole que durmiera en la casa de alguno de sus amigos. Así lo prometió Alfonso, y se marchó.

—¡Qué bueno es Alfonso! ¿verdad? dijo Anita.

—Sí, es muy bueno, contestó la señora Esperanza, pero no me agrada que se mezcle, siendo tan jóven, en la política. La política acarrea á las familias muchos sinsabores.

—Pero Alfonso pertenece al mismo partido de mi padre.

—No le hace: demasiado te constan las angustias que nosotras hemos pasado.

—Ahora todos los jóvenes hacen gala de ser partidarios de Comonfort y enemigos del gobierno de Su Alteza Serenísima.

—Así es! como que la Dictadura ha hecho entre la juventud sus mejores víctimas. Pregunta como están Ulúa y Perote, y aquí y en todos los Departamentos, cómo están las cárceles.

—El caso es que Alfonso brilla mucho por su talento y todos dicen que está llamado á cosas grandes.

—Si es que no lo devoran antes las pequeñas.

—Con algun riesgo se alquila la casa, contestó Anita riendo.

Era así en efecto: Alfonso de la Cueva, pertenecía á una familia de modestas proporciones, que disfrutaba de grande estimacion en la sociedad; había él hecho una distinguida carrera, obteniendo su título de letrado, en la Universidad, y era á la vez uno de los miembros que formaban la nueva pléyade de la juventud ilustrada, como Zarco, Baz y otros, animados en sus aspiraciones por las ideas de libertad y progreso. Tenía gran fé en el porvenir, y trabajaba con entusiasmo en la propagación de la verdadera democracia.

Como un rayo cundió la noticia en las calles de México sobre la salida oculta de la familia de Santa Anna, precursora, según se dijo en los círculos chicos y grandes, de la huida del tirano. ¿Acaso no se sabia muy bien además, porque se habia visto, que varios

cuerpos de tropa habian estado saliendo para el camino de Veracruz, los cuales no podian tener más objeto que escoltar al jefe de aquella familia? La convicción de que el Alteza iba á marcharse, fué general. Los periódicos, amigos del Gobierno, [en esos momentos todos lo eran, porque los enemigos no se permitian] dijeron en coro que los rumores esparcidos sobre un viaje próximo de S. A. S. era infundados, porque la dicha Alteza tenia la resolución de hacer respetar su autoridad y de no salir del Palacio una vez que tenia elementos sobrados para acabar desde allí con los chusmas de los facciosos.

Y como no bastaron las seguridades que daban los periódicos para acallar las murmuraciones, el mismo Gobierno en documentos públicos aseguró que el Presidente no saldría de la capital porque no era un cobarde ni un imbécil para huir, ni podia degradar de esa manera su alta dignidad.

Los rumores tomaron de aquí pie para ser más tenaces y repetidos.

El Gobierno entonces mandó publicar bandos furibundos declarando perturbadores á los que propagaran tales especies y estableciendo penas terribles contra los desafectos, contra los sospechosos, contra los que hablaran y hasta contra los que pensaran algo desfavorable á S. A. S.

La ciudad se convirtió en una especie de panteón en que solo circulaban los sepultureros, esto es, Lagarde con su nube de agentes; pero aunque el silencio reinara, los vientecillos que soplaban parecían

decir á todos los oídos de los vecinos de la capital. ¡que se va! ¡que huye el tirano! ¡que se acaba el bribón! ¡que un día de estos anochece y no amanece en la ciudad S. A. S!

—¡Por fin! exclamó Alfonso, llegando á la casita blanca con persianas verdes en las ventanas, ¡por fin repitió limpiándose el sudor que corría por su frente, y pudiendo apenas hablar por la emoción y la fatiga, hoy, (era el 9 de Agosto) á las tres de la mañana ha salido rumbo á Veracruz el general Santa Anna. Yo era el encargado de acechar sus pasos á pesar de todos los peligros y le he visto salir con rumbo á Veracruz, acompañado de su Estado Mayor y de una escolta de lanceros.....! ¡Ya vamos á ser libres!

Una vez disparada esta exclamación se dejó caer como desfallecido en un sillón, y allí no pudo menos que rodearle el cuello con sus brazos Anita, diciéndole:

—¡Alfonso! ¡Alfonso!

—No es nada... es el cansancio... es el no dormir de tres noches y la fatiga de tantos viajes á pie á todas horas.

La señora Esperanza retiró á Anita, lanzándole una mirada reprobativa.

—Ve á traer para Alfonso un vaso de vino azucarado.

Anita corrió á traer lo que se le ordenaba.

—Yo la amo, yo la adoro, exclamó Alfonso, aprovechándose de aquella momentánea ausencia, y alentado por su excitación nerviosa, ella me profesa tam-

bien gran cariño, según se puede ver. Usted, Esperanza, es demasiado benévola con nosotros; pero, ¿cree usted que aprobará nuestra unión el coronel? Esa nube es la única que empaña mis auroras de rosas en el porvenir que sueño... ¿nos dará su consentimiento el coronel Don Ricardo?

—El general. He recibido hoy una carta suya en que me dice que acaba de ascenderlo Comonfort, por su comportamiento en Zapotlán.

Entró Anita, oyó estas palabras y preguntó:

—¿No lo sabía Vd. Alfonso?

—Lo presentía nada más. ¡Cuanto lo celebros!

Con pretexto de que tomara Alfonso el reposo suficiente, Anita lo retuvo en su casa toda la mañana: comió allí y se retiró hasta en la tarde, ansioso de saber el sesgo que se daba á las cosas públicas después de la huida de Santa Anna.

El pliego de mortaja se había abierto y se habían publicado los nombres de Salas, Carrera y de las que según la voluntad del Dictador debían sucederle en el poder; pero los ministros no eran tan lerdos para continuar en el Palacio, y temiendo que se descargara sobre ellos la ira popular, tomaron el partido prudente de ocultarse.

El estupor del pueblo duró sin embargo tres días: ¿era cierto que el Neron había huido? ¿era verdad que los ministros se habían ocultado? ¿sería posible que no hubiera en Palacio ninguna autoridad reconocida? ¿No sería todo aquello una celada para que pudieran caer los esbirros sobre los que manifestaran alegría

por el cambio de situación? El miedo fué disipándose poco á poco, siendo necesario que los jóvenes liberales de la capital despertaran á sus aletargados habitantes diciéndoles á gritos: ¡Arriba ciudadanos! ¡acabó ya la tiranía! los miserables que nos oprimían se han marchado ó están escondidos.....¡ya México es libre! Arriba, ciudadanos. ¡vivan los montañeses del Sur!

Despertó el pueblo y su despertar fué terrible. Alfonso llegó azorado á la casita blanca é hizo un largo relato á las señoras de lo que estaba pasando en las calles de México: todo lo que había en las casas de Santa Anna y de sus ministros había sido lanzado á la calle y cuando estaba amontonado allí carruajes, espejos, camas, roperos, alfombras y cuanto podía ser arrastrado al monton, se incendiaba, formándose inmensas hogueras. Varias imprentas habían sido también destruidas.

—Jesús! exclamó Esperanza.

—La voz general ha sido que se queme todo, que se destruya todo; pero que no se tome ni un alfiler.

—De modo que habrán arruinado á Santa Anna? preguntó Anita.

—Eso es nada. Tiene sus grandes haciendas y sólo de los millones de la venta de la Mesilla tomó para sí 600,000, según declaración de Arrangois, los cuales están bien asegurados en bancos extranjeros.

Refiriéndose á la política dijo Alfonso:

—Nosotros hemos levantado una acta proclamando el plan de Ayutla reformado en Acapulco y nos

ha secundado el pueblo; pero la guarnición á su vez adopta el mismo plan y se va á nombrar Presidente provisional al General Carrera por una falsa junta de representantes. Es una intriga del enemigo con que ganará tiempo, pero no le dará más resultados.

En efecto, á los pocos días el plan de Ayutla fué proclamado sin taxativas, cediéndose en este punto á la fuerza de la opinión.

Alfonso de la Cueva desempeñaba ya un papel importante en el nuevo gobierno provisional, que le causaba grandes fatigas, pero por las noches descansaba ampliamente en la casita blanca cuyas ventanas se cerraban con persianas verdes y allí contaba sus impresiones del día, así como daba cuenta de las marchas del Ejército de Comonfort que ocupaba ya todas las plazas del interior. Aquel jefe se había ido con una escolta á Cuernavaca para conferenciar con el general Alvarez y de un momento á otro llegarían los dos personajes.

El 7 de Octubre se anunció que al día siguiente entraría Comonfort á la capital y daría noticias seguras del general Guzman.... Mentando al rey de Roma....

El general, sin anunciarse, se presentó en la sala.

—¡Ricardo!

—Padre mío! Fueron las dos exclamaciones que se oyeron y en seguida una verdadera tempestad de besos acompañados de sus correspondientes abrazos.

—¿Acaso es este joven el abogado de la Cueva, de que tanto he oído hablar?

—Es Alfonso, es nuestro amigo, nuestro buen amigo....

—Le conozco mucho ya de nombre y las cartas de Vdes. me han dicho lo demas.

—Señor general tartamudeó Alfonso....

—¡Vamos! yo no soy inhumano como el hombre que debió llamarse mi suegro: Señor D. Alfonso: abraza Vd. á su novia.

Un torrente de lágrimas fué el que se desprendió de los ojos de los dos amantes: estos despues de obedecer el superior mandato abrazaron tambien al simpático general.

“ EPILOGO.

Corria el año de 1876. Habian pasado 19 años desde la caída de Santa Anna y el triunfo de la revolucion de Ayutla.

Gobernaba á la sazón D. Sebastian Lerdo y el país estaba conmovido por la revolucion que provocara un nuevo plan político proclamado en Tuxtepec, pueblo de escasa importancia en el Estado de Oaxaca.

Habia un grupo formado de tres jóvenes en el portal llamado de Agustinos: uno de ellos habia llegado de la frontera, lo habian abrazado sus compañeros y se disponian á partir en busca de una cantina para celebrar el fausto acontecimiento del arribo de un condiscípulo probablemente, cuando á este le llamó la atención un viejo encorvado por los años que pasaba cojeando por delante de ellos.

—Me parece que yo he visto en alguna parte la cara de ese viejo, dijo.